PREFACIO

PARA LA TRADUCCIÓN DE SHAKESPEARE

DE FRANCISCO VÍCTOR HUGO

I

Una traducción es tenida casi siempre, en el primer momento, por el pueblo á quien se ofrece, como una violencia que se le hace, como una cosa que se le da por fuerza. El gusto burgués resiste contra el espíritu universal.

Traducir á un poeta extranjero, es aumentar la poesía nacional; ese aumento desagrada á aquellos á quienes aprovecha. Así es á lo menos al comenzar; el primer arranque es de rebelión. Una lengua en la cual se transvasa de esa manera otro idioma, hace lo que puede para rechazarlo. Será fortalecida más adelante, pero en el acto se indigna. Ese sabor nuevo le repugna. Esas locuciones insólitas, esos giros inesperados, esa irrupción salvaje de figuras desconocidas, todo eso es invasión. ¿Qué va á ser de su propia literatura? ¿Qué idea se les ocurre yendo á mezclar en su sangre esa substancia de los otros pueblos? Es exceso de poesía. Hay ahí abuso de imágenes, profusión de metáforas, violación de fronteras, introducción forzada del gusto cosmopolita en el gusto local. ¿Es griego? Será grosero. ¿Es inglés? Será bárbaro. Aspereza aquí, acritud allá. Y por inteligente que sea la nación á la cual se quiere enriquecer, se indigna. Odia ese alimento. Bebe á la fuerza, con rabia. Júpiter, niño, vomitaba la leche de la cabra divina.

Esto ha sido verdad en Francia para Homero, y más aún para Shakespeare.

En el siglo XVII, tratándose de madama Dacier, se hizo la siguiente pregunta: ¿Debe traducirse á Homero? El abate Terrassón contestó redondamente que no. La Mothe hizo más; se atrevió á rehacer la *Ilíada*. Ese La Mothe era un tonto muy espiritual. En nuestros días hemos tenido en ese género á Mr. Beyle, llamado Stendhal, quien escribió: *Prefiero las memorias del mariscal Gouvion Saint-Cyr á Homero*.

¿Debe traducirse á Homero?, fué la pregunta y la cuestión literaria del siglo XVII. La cuestión literaria del siglo XVIII fué esta: ¿Debe traducirse á Shakespeare?

II

«Es preciso que os diga cuán incomodado estoy con un tal Letourneur, secretario de la librería, según dicen, y que no me parece secretario del buen gusto. ¿Ha leído usted los dos volúmenes de ese miserable? Sacrifica á todos los franceses sin excepción á su ídolo (Shakespeare), como se sacrificaban en otro tiempo cochinos á Ceres; ni siquiera se digna nombrar á Corneille ni á Racine. Estos dos grandes hombres van envueltos en la proscripción general, sin que su nombre llegue á pronunciarse. Hay ya dos tomos impresos de ese *Shakespear*, que se tomarían por dramas para la feria, hechos hace doscientos años. Faltan aún cinco volúmenes. ¿Tenéis un odio bastante vigoroso contra ese desvergonzado imbécil? ¿Sufriréis la afrenta que hace á Francia? No hay en Francia bastantes burlas, bastantes orejas de burro, bastantes picotas para semejante mozo de cuerda. La sangre hierve en mis viejas venas al hablaros de él. Lo más

espantoso es que ese monstruo tiene partidarios en Francia; y para colmo de calamidad y de horror, soy yo quien en otro tiempo hablé de ese *Shakespear;* fuí yo el primero que enseñó á los franceses algunas perlas que había encontrado en el estercolero. No esperaba servir algún día para pisotear las coronas de Racine y de Corneille para adornar la frente de un bárbaro histrión.»

¿A quién está dirigida esa carta? A La Harpe. ¿Por quién? Por Voltaire. Como se ve, es preciso valor para ser Letourneur.

¡Ah! ¿Traducís á Shakespeare? Pues bien, sois un mozo de cuerda; más que eso, sois un desvergonzado imbécil; más aún, sois un miserable. Dirigís un insulto á Francia. Merecéis todas las formas del oprobio público, desde las orejas de burro, hasta la picota, como los ladrones. Sois quizás *un monstruo*. Digo quizás, porque en la carta de Voltaire la palabra monstruo es anfibológica; la sintaxis la otorga á Letourneur, pero el odio la concede á Shakespeare.

El digno Letourneur, premiado en Montaubán y en Besançón, laureado académico provinciano, ocupado únicamente en cepillar á Shakespeare, en quitarle relieves, ángulos y asperezas, para hacerlo pasar y admitir, ese buen hombre, trabajador concienzudo, que tenía por horizonte las cuatro paredes de su despacho, suave y dulce como una muchacha, incapaz de hiel ni de represalias, bien educado, atento, tímido, honrado, que no alzaba la voz, pasó toda la vida bajo el peso de ese *epíteto* «miserable», que le había arrojado la voz arrogante de Voltaire, y murió á los cincuenta y dos años, sorprendido.

III

Letourneur, cosa curiosa que debe decirse, era tan atacado y vilipendiado por los ingleses como por los franceses. No recordamos qué lord, tenido como autoridad, decia de Letourneur: *Para traducir á un loco, se necesita ser un tonto*. En el libro intitulado *Villiam Shakespeare,* pueden leerse, reunidos y agrupados, todos esos extraños textos ingleses que insultaron á Shakespeare durante dos siglos. Al fallo de los literatos podéis añadir el fallo de los príncipes. Jorge I, bajo cuyo reinado, hacia el año de 1726, Shakespeare pareció despuntar un poco, jamás quiso escuchar uno solo de sus versos. Ese Jorge era «un hombre grave y sabio» (dice Millot), que amó á una mujer hermosa hasta el punto de nombrarla *primer caballerizo*. Jorge II pensó lo mismo que Jorge I, y escribió: «no podría leer á Shakespeare», añadiendo, según refiere Hume: «¡Es un muchacho tan hinchado!» *(He was such a bombast feltow!)* El abate Millot, historiador que predicaba el adviento en Versalles y la cuaresma en Luneville, y á quien Querlon aprecia más que á Henault, refiere la influencia que ejercía Pope sobre Jorge II con respecto de Shakespeare. Pope se indignaba del *orgullo de Shakespeare,* y le comparaba á *un mulo sin carga que escuchaba el ruido de sus cascabeles*. El desdén literario justificaba el desdén del rey. Jorge III continuó la tradición, que comenzó temprano, según parece, para concluir diciendo á miss Burney: «¡Cómo! ¿No es ese un triste galimatías? ¡Cómo! ¡Cómo!» *(What! Is there not sad stuff? what! what!)*

Podrá decirse que eso son únicamente opiniones de rey. Pero hay que reconocerlo, en Inglaterra la moda sigue al rey. La opinión de la majestad real en

materia de gusto es importante al otro lado del estrecho. El rey de Inglaterra es el supremo *leader* de los salones de Londres. Prueba de ello *el poeta de la corte, el poeta laureado,* casi siempre aceptado por el público. El rey no gobierna, pero reina. El libro que lee y la corbata que se pone tienen fuerza de ley. Agrada á un rey rechazar á un genio, Inglaterra desconoce á Shakespeare; es grato á un rey admirar la necedad, Inglaterra adora á Brummel.

Pero, digámoslo también, la Francia de 1814 caía más abajo aún cuando permitía que los Borbones echasen á Voltaire en el arroyo.

IV

El peligro de traducir á Shakespeare ha desaparecido hoy.

No se es ya enemigo público por eso.

Pero si el peligro no existe ya, la dificultad permanece.

Letourneur no tradujo á Shakespeare; cándidamente, sin querer, obedeciendo sin saberlo al gusto hostil de su época, lo parodió.

Traducir á Shakespeare, traducirlo realmente, traducirlo con confianza, traducirlo entregándose á él, traducirlo con la sencillez honrada y altiva del entusiasmo, no eludir nada, no omitir nada, no amortiguar ni ocultar la menor cosa, no poner ningún velo en donde está desnudo, no cubrirlo con una careta donde es sincero, no cogerle la piel para mentir debajo de ella, traducirlo sin acudir á la perífrasis, que es una restricción mental; traducirlo sin complacencia purista para Francia ó puritana para Inglaterra, decir la verdad y nada más que la verdad, traducirlo como un testimonio, no serle *traidor,*

introducirlo en París con naturalidad, sin tomar precauciones insólitas para ese genio; proponer al promedio de las inteligencias, que tiene la pretensión de llamarse gusto, el aceptar á ese gigante, diciéndole: ¡Hele aquí! ¿Lo queréis? No avergonzarse del grande hombre, confesarlo, exponerlo, proclamarlo, promulgarlo, ser su carne y sus huesos, apoderarse de su huella, modelar su forma, pensar con su pensamiento, hablar su palabra, repercutir á Shakespeare del inglés al francés, ¡qué empresa!

V

Shakespeare es uno de los poetas que más se defienden contra el traductor.

La violencia hecha á Proteo simboliza el esfuerzo de los traductores. Asimilarse el genio es rudo trabajo. Shakespeare resiste, hay que acosarle; Shakespeare escapa, hay que perseguirle.

Escapa por la idea; escapa por la expresión. Acordaos del *unsex,* lúgubre declaración de neutralidad de un monstruo entre el bien y el mal, letrero colocado sobre una conciencia castrada. ¡Cuánta intrepidez se necesita para reproducir clara y netamente en francés ciertas bellezas insolentes de este poeta, por ejemplo, el *buttock of the night,* donde se entrevén las partes vergonzosas de la sombra! Otras expresiones parecen no tener equivalente posible; así *green girl, muchacha verde,* no tiene ningún sentido en francés. Podría decirse de ciertas palabras que son *incogibles*. Shakespeare tiene un *sunt lacrymæ rerum*. En el *we have kissed away kingdoms and provinces,* tanto como en el profundo suspiro de Virgilio, lo indecible queda dicho. Ese gigantesco gasto de porvenir hecho en una cama, esas provincias que

se van en besos, esos reinos posibles que se desvanecen entre los labios estrechamente unidos de Antonio y de Cleopatra, esos imperios disueltos en caricias, añadiendo en forma inexplicable su grandeza á la voluptuosidad, nada como ellos, todas esas sublimidades están en la frase *kissed away kingdoms*.

Shakespeare escapa al traductor por el estilo y también por la lengua. El inglés huye cuanto puede del francés. Ambos idiomas están compuestos en sentido inverso. Su polo no es el mismo; el inglés es sajón, el francés es latino. El inglés actual es casi alemán del siglo XV, salvo la ortografía. La antipatía inmemorial de los dos idiomas ha sido tal, que en 1095 los normandos destituyeron á Wolstan, obispo de Wórcester, por el único crimen de ser *un viejo bruto inglés que no sabía hablar francés*. En cambio se ha hablado danés en Bayeux. Duponceau estima que hay en el inglés, de cada cuatro, tres raíces sajonas. Casi todos los verbos, todas las palabras que forman el esqueleto de la lengua, son del Norte. La lengua inglesa tiene en sí una fuerza de insolencia tan insolente que Inglaterra, instintivamente, y para facilitar sus comunicaciones con Europa, adoptó los términos de guerra de los franceses, los de navegación de los holandeses y los de música de los italianos. Carlos Duret escribía en 1613 á propósito de la lengua inglesa: «Pocos extranjeros quieren darse la pena de aprenderla.» Aun hoy es sajona hasta el punto de que el uso sólo haya rechazado una séptima parte de las palabras del *Orosius* del rey Alfredo. De ahí procede una perpetua lucha sorda entre el inglés y el francés cuando se les pone en contacto. Nada hay tan laborioso como hacer coincidir esos dos idiomas. Parecen destinados á expresar cosas opuestas. Uno es septentrional, el otro meridional. Uno confina con los lugares cimerienses, con los zarzales,

con las estepas, con las nieves, con las soledades frías, con los espacios nocturnos, abundantes en siluetas indeterminadas, con las regiones pálidas; la otra confina con las regiones claras. Hay más luna en éste y más sol en aquél. Sur contra Norte, día contra noche, rayo contra *spleen*. Una nube se cierne siempre en la frase inglesa. Esa nube es una belleza. Está en todo Shakespeare. Es preciso que la claridad francesa penetre en esa nube sin desvanecerla. Algunas veces la traducción debe ir dilatándose. Cierta vaguedad añade como una turbación á la melancolía y caracteriza el Norte. Hamlet, particularmente, tiene por aire respirable esa vaguedad. Quitárselo, sería matarlo. Una bruma profunda y difusa le envuelve. Fijar á Hamlet, es suprimirlo. Conviene que la traducción no tenga mayor densidad que el original; Shakespeare no quiere ser traducido como Tácito.

Shakespeare resiste por el estilo; Shakespeare resiste por la lengua. ¿No hay nada más? Sí. Resiste por el sentido metafísico; resiste por el sentido histórico, y resiste por el sentido legendario. Hay mucha ignorancia, es sabido; pero lo que se sabe menos es que también hay mucha ciencia. A veces un pormenor que sorprende, donde se cree ver su grosería, atestigua precisamente su particularidad y su agudeza; á veces lo que los críticos negadores denuncian en Shakespeare como invención ridícula de un espíritu inculto y falto de letras, demuestra, por el contrario, sus buenas informaciones. Es sagaz y singular en historia. Está perfectamente informado en la tradición y en el cuento. Respecto de su filosofía, es extraña; toca á Montaigne por la duda y á Ezequiel por la visión.

VI

Hay problemas en la Biblia; los hay en Homero; son conocidos los de Dante, existen en Italia cátedras públicas de interpretación de la *Divina Comedia*. Las obscuridades propias de Shakespeare, en los diversos puntos de vista que acabamos de indicar, no son menos abstrusos. Como la cuestión bíblica, como la cuestión homérica, como la cuestión dantesca, existe la cuestión *shakespeareana*.

El estudio de esa cuestión es anterior á la traducción. Primero precisa ponerse al corriente de Shakespeare.

Para penetrar la cuestión *shakespeareana* y, en la medida de lo posible, resolverla, es necesaria una biblioteca entera. Historiadores que consultar, desde Herodoto hasta Hume; poetas, desde Chaucer hasta Coleridge; críticos, editores, comentaristas, novelas, crónicas, dramas, comedias, obras en todos los idiomas, documentos de todas clases, piezas justificativas de ese genio. Se le ha acusado; por consiguiente, hay que examinar su expediente. En el British Museum existe un compartimento exclusivamente reservado á las obras que tienen relación con Shakespeare. Esas obras han de ser unas compulsadas, otras profundizadas. Labor áspera y seria, y llena de complicaciones. Sin contar los archivos del Stationer's Hall, ni los tomos del jefe de tropa Henslowe, sin contar los volúmenes de Stratford, ni los archivos de Bridgewater House, sin contar el Diario de Simón Formán. Es útil comparar lo dicho por los que trataron de analizar á Shakespeare, comenzando por Addison en el *Espectador* y concluyendo por Jaucourt en la *Enciclopedia*. Shakespeare ha sido juzgado muy á menudo en Francia, en Alemania, en Inglaterra, y con-

denado y hasta ejecutado; es preciso saber por quién y cómo. Donde se inspira no tratéis de inquirirlo, es en él mismo; pero de donde saca, procurad descubrirlo. El verdadero traductor debe hacer un esfuerzo para leer todo cuanto leyó Shakespeare. Hay en ello manantiales para el soñador y encuentros raros para el buzo. Las lecturas de Shakespeare eran variadas y profundas. Ese inspirado era un estudiante. Estudiad, pues, si queréis conocerlo. Haber leído á Belleforest no es suficiente, hay que leer á Plutarco; haber leído á Montaigne no basta, es preciso leer á Saxo Gramático; haber leído á Erasmo es insuficiente, debe leerse á Agripa; haber leído á Froissard es incompleto, hay que leer á san Agustín. Deben leerse todos los cancioneros y todas las colecciones de cuentos de los siglos XIV y XV, Huon de Burdeos, la bella Juana, el conde de Poitiers, el milagro de Nuestra Señora, la leyenda del zorro, el romance de la Violeta y el de la Capa Vieja. Hay que leer á Roberto Wace, á Tomás el Rimador, á Boecio, Laneham, Spencer, Marlowe, Geoffroy de Monmouth, Gilberto de Montreuil, Holinshed, Amyot, Giraldi Cinthio, Pedro Boisteau, Arturo Brooke, Bandello, Luigi da Porto, Benoist de Saint-Maur, sir Nicolás Lestrange, Paynter, Comines, Monstrelet, Grove, Stubbes, Strype, Tomás Moro y Ovidio. Hay que leer á Graham d'Aberfoyle y á Straparole. Y dejo muchos. No debe olvidarse tampoco á Webster, Cavendish, Gower, Tarleton, Jorge Wheatstone, Reginaldo Scot, Nichols y sir Tomás North. Alejandro Silvayn requiere ser hojeado. Los *Papeles de Sidney* son útiles. Un libro revisa á otro. Los textos se prestan mutua claridad. Nada hay que dejar olvidado en ese trabajo. Figuraos una lectura cuyo diámetro va desde el *Gesta romanorum* á la *Demonología de Jacobo VI.*

Llegar á comprender á Shakespeare, tal es el

objetivo que se persigue. Toda esa erudición tiene un propósito: llegar hasta un poeta. Es el camino de piedras de ese paraíso.

Haceos forjar una llave de ciencia para abrir esa poesía.

VII

De esta suerte sabréis de quién es contemporáneo el Teseo del *Sueño de una noche de verano;* sabréis cómo los prodigios de la muerte de César repercuten en *Macbeth;* sabréis qué cantidad de Orestes hay en Hamlet. Conoceréis al verdadero Timón de Atenas, al verdadero Shylock, al verdadero Falstaff.

Shakespeare era un poderoso asimilador. Se amalgamaba lo pasado. Buscaba, y luego encontraba; encontraba, y después inventaba; inventaba, y entonces creaba. Algo así como una *insuflación* salía para él del pesado montón de las crónicas. De aquellos *in-folio* separaba fantasmas.

Fantasmas eternos. Unos terribles, otros adorables. Ricardo III, Glocester, Juan sin Tierra, Margarita, lady Macbeth, Regana y Goneril, Claudio, Lear, Romeo y Julieta, Jésica, Perdita, Miranda, Paulina, Constancia, Ofelia, Cordelia, todos esos monstruos, todas esas hadas. Los dos polos del corazón humano y los dos extremos del arte representados por figuras para siempre vivas con una vida misteriosa, impalpables como la nube, inmortales como el aliento. La deformidad interior, Yago; la deformidad exterior, Calibán; y cerca de Yago el encanto, Desdémona, y y frente á Calibán la gracia, Titania.

Cuando se han leído los innumerables libros leídos por Shakespeare, cuando se ha bebido en las